

»no duerma tanto.»

Ris. Aves, que vais por el viento,
ya del sol clarificado,
sobre sus vias tendiendo
vuestros vistosos penachos:
los que asomais por los nidos
las cabezas gorgeando,
y las que ya en altas ramas
dais buenos días al Prado:
trigos, que con amapolas
y mil amarillos lazos
sois un tapiz de verduras,
sembrado de papagayos:
álamos verdes, á quienes
con tantas hojas y ramos
vistió de alegre libréa,
apesar de octubre, mayo;
para que la niña venga
que está esperando Lisardo,
»recordad á su tía

»no duerma tanto.»

Belt. Tabernas de San Martin,
generoso, puro y santo
que ya poneis reposteros
como acémillas de Baco:
cajones, que ya os cubris
con el pan de leche blanco:
franceses, que pregonais
aguardiente y letuario:
carretones de basura,
que vais las calles limpiando:
roperos, que amanecéis
con solícito cuidado,
sin ser procesion del Corpus,
las tiendas entapizando;
y vosotros, aires fríos,
que dais tos y resfriado,
romadizo, y otras cosas
á los que salen sudando;
porque despierte á la tía
y élla á Belisa, si acaso
duerme, descuidada ahora
de que la guarda Lisardo,
»recordad, mi fregona,
»no duerma tanto.»

Ris. No me parece que tiene
de tu cuidado pesar.

Lis. Terrible cosa es mirar
aquel si viene ó no viene.

Ris. Mientras penas como sueles
y élla el levantarse traza,
vaya Beltran á la plaza
de Anton Martin por pasteles:
que mientras que se regale
nuestro estómago almorzando,

estarás tú contemplando
aquel si sale ó no sale.

Lis. Bárbaro estás. *Ris.* Libre estoy.

Lis. Es para el entendimiento
amor divino sustento.

Ris. Pues yo al cuerpo se lo doy,
que es lo que aprovecha y vale.

Lis. Yo no, porque en mis deseos
á un favor tras mil empleos
no hay manjar que se le iguale.

Belt. Allí vienen tres mugeres.

Lis. ¡Tres! ¿en dónde?

Belt.

En la Carrera.

Lis. ¿Son éllas? *Belt.* Aquí me espera.

Lis. Lince en mis cuidados eres....;
mas detente, que élla viene.

Belt. Ella es sin duda, señor.

Lis. ¡Puede haber mayor favor
de cuantos el amor tiene!

Salgan en zapatillas, con sombreros de plumas, y las ropas levantadas al uso de Madrid, Teodora, Belisa y Leonor, ó en chinelas con listones.

Teod. Mientras mas te voy diciendo
que á los hombres no te allegues,
que mires, y no te ciegues,
porque ciega el amor viendo,
mas te acercas y te allegas;
y si en allegarte das,
mariposilla serás:
quemarás te si te ciegas.

Bel. ¡Valgame Dios y qué extraña
condicion que se te ha hecho!
no me ha de ser de provecho,
si tu rigor me acompaña,
ni el acero ni el paseo.

Yes que el doctor me mandó
que viese gente, y que yo

cumpliese cualquier desco;

ves que á mi melancolia

es aquesto conveniente,

¿y apartásme de la gente?

Lis. ¡Ahora sí que es de día!

¡ahora sí que salió

á estos campos el aurora!

Teod. ¡Luego dejaréte ahora

hablar con los hombres yo?

Bel. ¡Pues con quién tengo de hablar?

¿con las bestias? ¡discrecion!

Teod. Para aquesta opilacion

te mandó el doctor andar.

Bel. Y ver gente, y hablar gente,

y andar con gente mejor:

¿no es esto verdad, Leonor?

Leon. ¿Y cómo si es conveniente!

¿y cómo si es de importancia
á tanta melancolía!

Teod. ¿Qué buen testigo esta fria

fuelle, cuya consonancia

hasta para desechar

del alma toda tristeza!

Mira con cuánta belleza

sube hasta querer entrar

por ese verde aposento

del jardin del Duque, y mira

las blancas perlas que tira,

rota en pedazos, al viento.

Mira estos árboles verdes

que le hacen toldo y dosél,

para que debajo de él

de ningun dolor te acuerdes.

Habla con ellos; que así

la soledad perderás.

Bel. ¿Lindos consejos me das!

¿y responderánme? *Teod.* Sí.

Bel. Señores árboles, yo

muy buena intencion traía

de decir la pena mia

á quien la causa me dió.

Para aqueste desafío

del campo, donde ya espero,

el pecho armé con acero

con que dar un filo al mio;

y contra la impertinencia

de quien no me deja hablar,

desde hoy mas lo pienso armar

de esta forzosa paciencia;

toda la noche pasé

esperando la mañana;

pero fué esperanza vana,

pues sin hablar me quedé.

Suplicoo, árboles verdes,

que me tengais por fiel,

y á ti, mi verde laurel,

que de mis males te acuerdes.

Lis. Harélo sin duda así;

lo mismo te pido yo.

Teod. ¿Qué es eso?

Bel. El árbol habló.

Teod. ¿El árbol? *Bel.* Señora, sí.

Teod. ¿Hay tan notable insolencia!

Bel. ¿Esto te enfada tambien?

los cielos, tia, me den

con tus enfados paciencia.

Teod. ¿Pues piensas que no entendí

con los árboles que hablaste?

Bel. Con malicia sospechaste.

Teod. ¿Y dónde hay laurel aquí?

Bel. En San Gerónimo hay tantos,
que puedo hablarles así.

Teod. ¿Y verlos tú desde aquí...?

Cubrios luego los mantos;

y demos la vuelta á casa.

Entiendo ya tus maldades:

ya sé tus enfermedades:

ya sé todo lo que pasa:

ya sé tus opilaciones;

ya sé el agua de tu acero.

Decirlo á tu padre quiero:

todas fueron invenciones.

Cúbrete presto. *Bel.* ¡Eso sí!

riñe, riñe: no repares

en que me das mil pesares.

Yo me moriré por ti.

Enciérrame con mi mal:

mátame melancolía:

para mí no salga el día,

sea todo tiempo igual.

¡Plega á Dios que antes de un mes

en otro hábito me vea

llevar donde me desca

tu rigor! para que estés

contenta de ver mi vida

donde á Dios pidiendo estás.

Enterrada, aún no diras

que estaré bien recogida.

¡Plega á Dios que crezca el mal

y rebiente el corazon,

y que en aquesta ocasion

me dé una gota coral!

¡Plega á Dios!

Leon. Esto has querido:

mirela ya desmayada.

Lis. ¿Cayó Belisa? *Ris.* Alterada

está su tia: ¿qué ha sido?

Leon. Ves aquí lo que has causado

con tu mala condicion.

Teod. ¿Qué le he dicho?

Leon. Que es ficcion:

bastante ocasion le has dado.

¡Fingido debe de ser

mal que encarece un doctor

tan grave...! ¡Ah señor, señor!

Teod. ¿Qué es lo que quieres hacer?

Leon. ¡Ah, señores! ¿tiene alguno

sortija de corazon?

Teod. Esta es mejor invencion.

(*Lleguen.*)

Lis. No mas temor importuno...

¿Qué es esto, señoras mías?

Leon. Desmayóse esta señora.

Lis. ¿Aquí en este punto?
Leon. Ahora:

tocad sus manos. *Lis.* ¿Qué frias!

Teod. ¿Porqué las ha de tocar?

Leon. Porque con la alteracion se sosiegue el corazon.

Lis. ¿Hay mas bien que desear...! (*ap.*)
 Pondréle aquesta sortija al dedo. *Belt.* Basta: que en paz amor con este disfraz viene á jugar la sortija.

Lis. ¿Hay en qué poder traer agua de la fuente? *Leon.* Sí, que un búcaro trae aqui.
 (*Sáquele de la manga un barro.*)

Ris. De eso debe de nacer todo el mal que la atormenta: parte á la fuente, Beltrán.

Lis. Mientras por el agua van, para que el dolor no sienta, quiero decirle al oido unas palabras notables.

(*Háblela Lisardo al oido.*)
Teod. Si: sé: como tú la hables élla cobrará el sentido.

Ris. Puso Dios virtud, señora, en las piedras: ¡cuánto mas en las palabras! *Teod.* Jamás pensó ver esto Teodora.
 ¿Hay insolencia fundada en tanta fuerza y razon!
 (*Despierte Belisa.*)

Bel. ¿Qué dulce consolacion!
Ris. ¿Habló?

Teod. Sí: despues de hablada.

Bel. Parece que una abejita, cuyo tierno pico adoro, con un susurro sonoro que todos mis males quita, un panal de miel sabrosa en el oido me hacia.

Teod. ¿Abeja! Aláno sería, traidora, en tu oreja ocioso.
 ¿Hay desvergüenza como esta!

Lis. Sentáos con élla, señora: que no es bien que suba ahora ese pedazo de cuesta.

Sentáos vos, señor Riselo, junto á élla, y yo estaré junto á esta dama: porque.... lo que no permita el cielo.... si se desmayáre pueda volverla á hablar al oido.
 (*Sientense los cuatro.*)

Teod. Esto, Belisa, has querido:

¿qué buena tu honra queda!

Bel. Calle, tia de mis ojos:

que el doctor manda que vea gente. *Teod.* ¿Y manda que ésta sca?

(*Comienza Riselo á entretener la tia; y Lisardo y Belisa hablan al oido.*)

Ris. No reciba de eso enojos

vuestra merced, oiga acá.

Teod. ¿Qué quiere vuesa merced?

Ris. Quiero que me haga merced

de escucharme. *Teod.* Acabe ya.

Ris. Ese mongil de estameña,

hábito beato y grave,

ese donayre suave

que hará manteca una peña:

esa dulce gravedad,

ese claro entendimiento,

ese honroso fundamento

de virtud y honestidad:

esos ojos regalados,

tan antorchas de mi empleo,

que cuando ayuna el deseo,

se los dá amor estrellados:

esa boca ilustre y bella,

coral, sangre y pura rosa,

que jamas ha hablado cosa

que no la echase por ella:

esa nariz rubicunda

que, por única nariz,

merece hacerle un terliz

que le sirviese de funda:

esa bien puesta garganta,

donde de esa toca al punto

tiene el amor todo junto

con la argolla á la garganta:

esos pechos, á quien paga

pechos amor cuando juego

del vocablo, y con que ciega,

tira, prende, mata y llaga,

me tienen muerto de amor.

Teod. ¿Jesus! no pase adelante:

¿cómo á muger semejante

habla en amores, señor?

Levantaréme: ¡ay Dios mio!

¿es esto lo que hoy recé?

Ris. Deténgase; y la diré

que tiene un gallardo brio.

Teod. ¿El hábito no le espanta?

¿no mira que está bendito?

Ris. Terrible es el sobre-escrito;

mas siempre el amor levanta

de las cartas la cubierta

donde está la cortesía.

Yo la adoro, frayla mia,

por la parte descubierta.
Teod. ¡Qué notable tentacion...!
 ¡Ah qué mal hombre que está!
 Dios le alumbré... Hágase allá.
Ris. Los de amor preñados son.
 Bien dice: con bien me alumbré:
 sepa que me da un antojo.
Teod. Por su vida ¡que me enojo!
Ris. ¿Esto le dá pesadumbre?
 (*Beltran con el agua.*)
Belt. Aquí viene el agua.
Leon. Calla;
 y siéntate junto á mí.
 (*Sientese Beltrán.*)
Belt. ¿Luego derrámola? *Leon.* Sí,
 que ya se dan la batalla
 dos á dos. *Belt.* ¿Y la brabeza
 de la tía? *Leon.* Ya cesó.
Belt. ¿Y cómo estamos tú y yo?
Leon. ¡A fé que es él buena pieza!
 ¿Páreccele diga bien?
 ¿cómo habló con Catalina?
Belt. Hábléle por tu vecina,
 y por tu amiga tambien.
Leon. ¿Que no quiero esa amistad!
 (*Vuelva la tía la cabeza y vea
 abrazarse Lisardo y Belisa.*)
Teod. ¿Qué es eso? ¡qué lindo ensayo!
Lis. Apuntábele el desmayo,
 y túvela. *Teod.* ¿Qué piedad!
Ris. Dejados hablar, que son
 mozos; y bien podria ser
 fuesen marido y muger.
Teod. ¡Ya entiendo la opilacion!
Leon. Maldito seas... ¡Qué bien
 ser doctor fingiste allí!
Belt. ¿Parecite bien así?
Leon. Y de esta suerte tambien.
Belt. Sabéte que sé curar.
Lis. ¿Cómo?
Belt. He curado un cuartago

que despues del de Santiago,
 cual nos le suelen pintar,
 no tiene bestia Madrid,
 aunque no las tiene malas,
 como él. Fáltanle unas alas.
Teod. Si sois libre me decid.
Ris. ¿Tan encogido os parezco?
Teod. No digo, sino si acaso
 no sois casado. *Ris.* Aunque caso,
 jamas casarme merezco.
 Si yo halláre una muger
 de gobierno como vos...
Teod. Eso encomendadlo á Dios,
 porque Dios lo puede hacer.
Ris. Sal quiere este huevo. *Bel.* El sol
 entra furioso, mi bien.
 Para que dure tambien
 y no haya algun arrehol,
 es menester dar lugar
 á la razon. Vete ahora,
 y habla primero á Teodora.
Lis. ¡Bien le ha sabido el hablar!
 Riselo, vamos de aqui
 que es muy tarde.
Ris. A Dios, mi gloria.
 (*Levántense.*)
Teod. ¿Y tendrá de mi memoria?
Ris. Hasta olvidarme de mi.
Teod. No habrá salido del Prado
 cuando todo se le olvide.
Ris. Mal vuestro descuido mide
 los lejos de mi cuidado.
Teod. Véngame siguiendo ahora,
 y nuestra casa sabrá.
Lis. ¿Qué hay de Teodora?
Ris. Que está
 como un mazapán Teodora.
Teod. Ven, muchacha, por aquí.
Bel. ¿Vas enfadada? *Teod.* ¿De qué?
Ris. ¿Lindamente la engañé!
Lis. Amor, ¡victoria! venci,

ACTO SEGUNDO.

Salen Octavio y Salúcio.

Oct. Un hombre determinado es incapaz de consejo.

Sal. Yo, señor, no te aconsejo.

Oct. Ni es oficio de criado.

Eso ha de hacer el amigo,

el superior, y el que es viejo.

Sal. No es querer darte un consejo

hablar de tu bien contigo.

Tu prima es bella muger

y en sangre la misma tuya.

Oct. Si la diferencia es suya,

¿qué puede Octavio perder?

Sal. No me ha parecido á mí que vive en la honestidad de muger de calidad y que nació para tí.

Oct. ¿Cuánto va que has de obligarme á hacer algun desatino!

Sal. Ya del tuyo lo imagino: quiero dejarte y guardarme.

Oct. ¿Pues cuál hombre hablar osára en un ángel? *Sal.* Tiene pies,

en que descubre lo que es.

Oct. En lo que dices repara.

Sal. Digo que aqueste salir cada mañana me enfada.

Oct. A mí, Salúcio, me agrada

verla del campo venir

cual rosa de Alejandria:

tales colores sacó

luego que el alba rompió

la prision en que vivia.

¿O cual lirio aljofarado

puede el rocío dejar

como élla suele mostrar

el rostro en sudor bañado?

¿Hay cosa como el despejo

del sombrerillo y el manto?

Sal. Nunca la he mirado tanto.

Oct. Yo se que el alma le dejo

cada vez, y á tener mil,

en los cabellos revueltos,

que ya atados y ya sueltos

adorna un velo sutil.

¿Pues en viendo la chinela

de listones enlazada,

de su pie reja dorada, donde, estando preso, vuela no hay tan cuerdo entendimiento que no trajere despues todo el seso en tales pies.

Sal. Ya por el tuyo lo siento.

Mas si tanta bizarría

y ese volver desde el Prado

cual lirio en perlas bañado

y rosa de Alejandria,

no vienen con ocasion

de la enfermedad que dice,

¿qué importa que la matice

el pincel de tu aficion?

Oct. ¿Necio! en volviendo de andar

¿no ha de venir encendida?

Sal. Nunca está descolorida,

ni la veo desmayar,

si no es cuando hablarla quieres:

yo pienso que tu aficion

es toda su opilacion.

Oct. Maliciosa bestia cres.

Sal. Si yo veo la beata;

la de la manga y rosario,

la del pardo escapulario

y la Concepcion de plata,

que la culpaba y reñia,

despues que sale contenta,

¿qué quieres, señor, que sienta?

Oct. ¿Cómo, Salúcio, en su tia

osas tú poner la boca?

¿en una santa! *Sal.* No sé,

si es santa. *Oct.* ¿Cuán bien se vé

que el demonio te provoca!

Doliáme el otro dia

la cabeza; y solamente

bendecirme, de repente

me quitó el mal que tenia:

¿y osas hablar! *Sal.* Pues á mí

la otra noche me bendijo,

y ciertas cosas me dijo

rezando que no entendi;

y doliéndome de vicio

una mucla, tal anduve

de todas juntas, que estuve

para perder el juicio.

Oct. Este es milagro *Sal.* Sin duda

de los que Mahoma hacia,

pues lo que en una dolia



á todas juntas lo muda.

Oct. Antes porque te faltó la fé, quiso castigarte y aquel dolor aumentarte que de una en todas te dió.

Tú toma resolucíon de no hablar en ésta mal: que es muger muy principal; y en fin mis parientas son.

Fuera de que por muger quiero pedir á Belisa.

Sal. ¿Tan aprisa? *Oct.* Tan aprisa.

Sal. No te quiero responder.

Sal Beltrán vestido de médico.

Belt. Dios sea en aquesta casa.

Oct. El doctor. *Sal.* El bellacon.

Oct. ¿Qué dices? *Sal.* Que todos son de una pasta y una masa.

Belt. ¿No está, señor, levantada esa niña? *Oct.* Poco habrá que vino del campo. *Belt.* Ya andará mas descansada.

Oct. Provecho le van haciendo los jarabes. *Belt.* Es gran cosa: aquella hinchazon aguosa vá gastando y deshaciendo.

Dale la vida ver gente.

Oct. Yo, mi señor, no he dormido esta noche. *Belt.* ¿Qué ha tenido?

Oct. Cierto enfadoso accidente.

Belt. El pulso... Por vida mia que no está muy sosegado...: mas esto mas se ha causado de pura melancolia

del alma y el pensamiento que de corporal pasion.

Algo parece aficion.

Oct. ¿Qué divino entendimiento!

Belt. Este majadero muere por Belisa, y nos persigue... } (ap.)

quien algun deseo sigue, mas poco á poco le espere:

que del alma las pasiones se suelen comunicar,

y de éllas causas tomar las exteriores acciones.

Así lo dijo Avicena:

quando anima contristatur, corpus maxime gravatur,

é importa dejar la pena.

Oct. Tiene un ingenio divino.

Belt. Haga que cuezan romero, ruda y tomillo salsero

en media azumbre de vino, y atárselo en un tobillo: podrá así dormir mejor.

Sal. Tambien yo tengo, señor, cierto mal: ¿podré decirlo?

Belt. Podeis. *Sal.* Siento aquestos dias despues que en Madrid estoy, tal descontento, que doy en grandes melancolias.

Nada me parece bien:

todos me son importunos.

Belt. ¿Teneis dineros? *Sal.* Ningunos.

Belt. Pues procurad que os los den. Vos sois hombre mal contento, y aun algo murmurador.

Oct. ¿Este es demonio, ó doctor?

Salen Teodora, y Belisa, como que se levanta.

Bel. Mas aliviada me siento.

Teod. Aquí está el doctor.

Bel. ¿Señor!

Belt. ¿Jesus, niña! ¿y cómo estás hoy á mi gusto! no hay mas famoso talle y color.

Dame ese pulso... ¡Excelente!

Muestra esa mano. *Bel.* ¿Qué haces?

(Haga una higa con la mano de Belisa.)

Belt. Una higa, y que me abrace... Aun no hay señal de accidente.

Bel. ¿A quién la tengo de dar?

Belt. Désela al señor Octavio.

Bel. ¿De gentil hombre?

Oct. Es agravio que os haceis. Haced sacar un espejo, y esa cara mirad, y dádsela á ella,

porque á una cosa tan bella, su mismo amor la matára.

Belt. ¿Hoy dónde has andado?

Bel. Fui hasta la Casa del Campo,

en cuyas flores me estampo,

y un hora me duermo allí.

Parecióme que soñaba

al son de una fuente pura

que un ángel en hermosura,

talle y discreccion, me hablaba:

que mil cosas me decia

jurando tenerme amor,

y por Dios, señor doctor,

que el alma me enternecia.

Quiso abrazarme tambien,
y desperté. *Belt.* Aquel jarabe,
como es tan blando y suave,
alegra la sangre bien.

Bel. Despues que tomo el acero
y me salgo á pasear
no siento ya aquel pesar
de no gozar lo que quiero.
Hállome tan aliviada
de aquella melancolia,
que ya mi señora tia
no es mal acondicionada.
Ya no riñe su merced.

Teod. ¿Y yo cuándo te reñí?

Bel. En otro tiempo la vi
hacerme menos merced.

Teod. Tú, sobrina, ya has dejado,
andando, tu opilacion;
y yo en la misma razon
la tengo de haber andado.
Debióseme de pegar;
y como opilada estoy,
á nadie, á fé de quien soy,
pienso reñir ni culpar.

Belt. ¿Qué buena cosa sería
que su mal se le pegase!

Bel. Dios quiere que el mal se pase
á usted, señora tia,
porque sepa lo que son
aquestas opilaciones.

Belt. Yo la haré en breves razones
que pierda la opilacion.

Salte Salicio.

¿Hay un criado? *Sal.* Aquí estoy.

Belt. Vaya á la botica luego
por un manojo de espliego.

Sal. Digo que volando voy. (*Vase.*)

Teod. ¿Pues qué es lo que quiere hacer?

Belt. El efecto lo dirá.

Vuesa merced nos dará
lugar, y podrá volver
dentro de un instante aquí.

Oct. ¿Jesus! señor, ya me voy.

(*Vase.*)

Belt. ¿Fuese? *Teod.* Sí.

Belt. ¿Sabes quién soy?

Teod. Desde ayer te conocí:
ya sé quién eres, Beltrán:
ya sé todo el fingimiento,
y que eres el instrumento
del amor de ese galán.

Puesto que ha querido el cielo
castigar mi gravedad

y aquella severidad,
con adorar á Riselo,
haz buen oficio con él:
dile que mire que soy
muger noble, y que le doy
palabra de serle fiel.
Aunque no sientas de mí
los méritos que él merece,
mi persona le encarece.

Belt. Harélo, Teodora, así.

Arrima la hipocresia
y la parda beatitud,
porque en tanta juventud
mas fuerte sangre se cria.
Traza que estos dos pichones
hagan su nido en tu casa:
que si su padre los casa
tu vida en remedio pones.

Gozarás de un caballero
como Riselo, tan grave,
tan dulce, honesto y suave.

Teod. Sabe Dios lo que le quiero.

Bel. Tia, como élla solia
reñirme, puedo yo ahora
reñirla. ¿No ve, señora,
que es alma tambien la mia,
y que tengo yo que hablar
con Beltran? *Teod.* Tienes razon.

Es nueva mi opilacion,
y tengo mas que curar.

Bel. Dile, Beltran, á Lisardo...

Teod. Calla, que tu padre viene.

Salen Prudencio y Octavio.

Prud. ¿La misma enfermedad tiene!
otra pesadumbre aguardo.

Oct. Así lo dijo el doctor.

Belt. Muestra el pulso.

Prud. ¿Qué tenemos?

Belt. Anda este mal por extremos.

Prud. Por Dios que temo, señor,
que ha de darme á mí tambien.

Belt. Estará muy pronto buena:
no hay que tener de esto pena.

Esto que digo le den;
y á Dios que tengo una junta.

(*Vase.*)

Prud. Con lo que se quita el mal
te ha dado á ti. *Teod.* Si es igual
la sangre, hermano, y se junta,
¿qué mucho que me haya dado

Salte Leonor.

de andar con élla? *Leon.* Aquí estan

los músicos. *Teod.* ¿Entrarán?
Pr. A muy buen tiempo han llegado.

Salen con sus instrumentos.

Mus. Hoy el doctor nos mandó
 alegrar esta señora.

Prud. Mas lo ha menester Teodora.

Mus. ¿Cómo? *Pr.* El mal se le pego...
 Enfadado y con razon (*ap.*)
 estoy; y de mi hermana hoy quedo
 sospechoso... Esto es un enredo.

Mus. Escuchad esta cancion.

(*Canten.*)

»Niña del color quebrado,

»ó tienes amor, ó comes barro.
 »Niña, cuando sale el alba
 »dorando los verdes prados,
 »esmaltan el de Madrid
 »de jazmines tus pies blancos.
 »Tú que vives sin color,
 »y no vives sin cuidado,
 »ó tienes amor, ó comes barro.
 »De que salgas de mañana
 »con tal cuidado me espanto:
 »estoy por decir por tí:
 »eso que comes no es barro;
 »pues madrugas y no duermes,
 »y andas por mayo en el campo:
 »ó tienes amor, ó comes barro.»

Prud. ¡Oh cuánto á un hombre avisan y aconsejan

las canciones suaves, y poesías,
 para enseñar los hombres inventadas!

No en valde se inventaron las comedias
 primero en Grecia que en Italia y Roma:

allí se ven egemplos y consejos,

porque son de la vida los espejos.

Ya puede ser que esta muchacha mia
 estuviese opilada de deseos:

que no estan ya los tiempos de manera

que puedan descuidarse con las hijas

los padres que profesan honra y fama.

Ya fué otro tiempo, que con años treinta

llamaban niña una muger, y andaba

jugando con los mozos en cabello.

Mas hoy por los pecados de los hombres,

cierta señal de que se acaba el mundo,

de diez años aspira á casamiento:

á trece es madre; y á veinte y uno abuela.

Yo quiero con egemplo de estos músicos

casar mi hija: que es el mejor medio

para desopilarla; y á fé mia

que no ha venido Octavio, si él la quiere,

á mal tiempo. *Oct.* ¿Qué estás contigo hablando?

Prud. Decía, Octavio, yo que los poetas

nos estan avisando por momentos

el modo de vivir á lo seguro:

que entre aquella dulzura de la música

nos dan mil aforismos y sentencias.

Danme deseos de casar mi hija.

Oct. ¡Ojalá que tuvieras tal propósito!

que una dispensacion poco costára.

Prud. ¿Hablas de veras? *Oct.* Tan de veras hablo,

que despues que la vi... *Prud.* Basta: no digas

otra palabra: ya Belisa es tuya:

tu padre soy: bien puedo yo casarte.

Oct. No lo es tanto, señor, tu hermano. *Prud.* Mira

cualdo quieres que hablemos mas despacio.

Estan aquestos músicos presentes,

y ella tambien: no quiero que lo entienda.

Oct. Esta tarde podremos hablar solos.

Prud. A Atocha nos irémos paseando.

Vete ahora: que quiero que Teodora sepa su voluntad. *Oct.* Llevarme quiero los músicos... Señores, yo querria oírlos con espacio en mi aposento.

Mus. Vamos donde mandáredes.... Señora, á Dios. *Bel.* El cielo os guarde. *Oct.* A Dios, Teodora.

(*Vanse.*)

Teod. ¿Por qué se va nuestro sobrino? *Prud.* Creo que se le pegan ya vuestras tristezas: es toda aquesta casa opilaciones.

Mas oye, hermana, así te guarde el cielo.

Teod. ¿Es por ventura que casar intentas esta muchacha? *Prud.* Lo que dije oíste.

Teod. En verte hablar á solas con Octavio presumí que tratabas de casarla.

Prud. No quiero mas de que su intento sepas.

Teod. ¿No teniendo salud quieres casarla?

pregúntalo al doctor: sabe primero si será bien. *Prud.* Casarla es buen acero: dile que yo la caso con Octavio.

Teod. Yo lo haré así. *Prud.* Yo sé que no la agravio. (*Vase.*)

Teod. ¡Grande mal, gran desventura!

Bel. ¿Cásame mi padre? *Teod.* Sí.

Bel. Todo lo que dijo oí.

Tia, mi muerte procura:

tia, daréme la muerte:

tia, si me tiene amor,

si sabe que este dolor

es tan penetrable y fuerte:

si ya ha visto de experiencia

lo que saber no solia,

mire que he de perder, tia,

la vida con la paciencia:

mire que Lisardo es ya

mi honor, mi vida, mi sér.

Teod. Belisa, no es menester,

cuando de por medio está

todo mi bien en Riselo,

mas de mi propio interés.

¿Antes que á Octavio le des

la mano permita el cielo....

Bel. No lo jures: no se enoje,

y nos venga un mal suceso.

Teod. Perderé, sobrina, el seso.

Haz que luego se te antoje

ir al campo, al Prado, al Soto:

finge mil melancolias:

pasa las noches y dias

en temerario alboroto.

Yo me declaro, sobrina:

¡vivan Lisardo y Riselo!

Leonor. *Leon.* Señora.

Teod. ¿Dirélo?

Bel. Traza, ordena, é imagina lo que quisieres de mí.

Teod. Quiero escribir un papel

á Riselo, porque en él

sepa cuanto pasa aqui:

por esto y porque mañana

con Lisardo esté en el Prado,

donde quede concertado

dar con la esperanza vana

de aqueste Octavio en el suelo.

Aunque tenga mas poder,

tú no seras su muger

como me quiera Riselo.

Bel. ¿Y cómo si te querra...!

dejame besar tus pies.

Teod. Este es mi propio interés.

Leonor á llevarla irá,

que, si no lo entiendo mal,

no quiere mal al doctor.

Bel. Tambien es muger Leonor,

y Leonor quiere á su igual.

Ven, y escribe por tu vida:

mi desdicha le encarece.

Teod. Voy. *Bel.* Leonor, ¿qué te parece

(*Vase.*)

de esta virtuosa fingida?

Leon. Aunque te dió pesadumbres
mientras no supo querer,
has de tener bien que hacer
en enmendar sus costumbres.

Bel. Tuvo al principio templanza;
pero en fin vino á caer:
al son de amor no hay muger
que no haga una mudanza.

Salen Lisardo y Riselo.

Ris. Anda desesperada, y justamente,
con estos zelos que le doy Marcela.

Lis. ¿De quién lo sabe? *Ris.* De la misma gente:
la fama es ave y por los ayres vuela.

Lis. Desdicha ha sido. *Ris.* Y grande inconveniente
para seguir la empresa que os desvela:
porque por vos cualquiera cosa haria,
hasta perder la misma sangre mia;
¿mas á Marcela...! Vive Dios, Lisardo,
aunque quiera, no puedo. No es posible
andar con vos. En visitarla tardo:
y por venganza, que es muger terrible,
á un marquesote, á un moceton gallardo
ha dado franca entrada y apacible
en casa, donde al sol que la pasea
puso el honor dragones de Medea.

Mandadme acometer cien escuadrones,

mandadme detener los altos vuolos

de las aves que tocan los balcones

de la luna, y se estrellan en los cielos,

y no sufrir en estas ocasiones

de Marcela rigor, de un hombre zelos.

El servir á Teodora sin mi gusto

por el vuestro, Lisardo, fuera justo;

pero verme olvidado de Marcela,

zeloso de Florencio, y desdeñado,

no lo puedo sufrir. *Lis.* Ya se rebela

tu cielo ¡amor! contrario á mi cuidado.

Zelos os dá Marcela con cautela

por lo que de Teodora le han contado:

vos lo tomáis de veras, y de modo

que, si vos la dejais, lo pierdo todo.

¡Pluguiera á Dios, Riselo, que yo hubiera

otro amigo llevado! *Ris.* Yo me holgára

ó que para serviros libre fuera...

¿Abrieron? *Lis.* Sí. *Ris.* Mi muerte se declara:

Salen Florencio y Gerardo.

Florencio es este. *Lis.* De allá sale. *Ris.* Espera.

Lis. No le has de hablar. *Ris.* Mi desventura es clara.

Lis. El hombre no es culpado: ¿no es tu amigo?

Ris. ¿Cuánto mal me ha venido de ir contigo!

Flor. Parece que se ablanda. *Ger.* ¿Quién lo duda?

asiste: que asistiendo estoy seguro

que has de rendirla. *Flor.* La porfia muda

el áspero rigor de un monte duro.

Como Riselo á verla un mes no acuda,

no dudes que tendré lo que procuro.

Ger. Riselo quiere bien á su beata:

ya es mercader que en estameñas trata.

Tratar solia en telas y diamantes:

ó se ha perdido, ó quiere andarlo todo.

Flor. Pues yo pienso con prendas semejantes hallar, Gerardo, á mi remedio el modo:

y porque en el amor son importantes

mas que ser Salomon Narciso y Godo,

hoy de Guadalajara en la gran Puerta

haré un empleo: en lo que siempre acierta...

Ger. ¿Qué sacarás? *Flor.* Catorce ó quince varas

del mejor terciopelo de Toledo,

y un corte de Milán de flores raras,

ó de rica labor, si hallarle puedo.

Con esto y cien doblones de á dos caras

no pienso á las de nadie tener miedo.

Ger. Cuadróme. *Flor.* Es linda cosa en estos tiros trocar en seda y oro los suspiros.

(Váyanse Florencio y Gerardo.)

Ris. Mucho he sufrido por tí.

Lis. No es ocasion de perderte: que bien puedes de otra suerte remediar que no entre aquí.

Ris. Si élla está determinada,

¿qué remedio puede haber?

Lis. ¿Posible es que una muger esté ya tan olvidada?

Llama: que, siendo forzoso, yo le diré la verdad.

Ris. Paréceme una ciudad, muro, foso y contrafoso.

Paréceme ya, Lisardo,

que aquesta puerta ha de ser

tan fuerte, que es menester

para romperla un petardo.

Parécenme las ventanas

troneras llenas de tiros.

Lis. Con menos de dos suspiros apostaré que la allanas.

Marcela en alto.

Ris. ¡Ah de casa! *Marc.* ¿Quién es?

Ris. Yo.

Marc. ¿Yo no mas? ¡grande palabra!

Ris. Abre, mis ojos.

Marc. ¿Que abra?

Ris. ¿Luego no has de abrirme?

Marc. No.

Ris. ¿Qué os parece?

Lis. Abre, señora:

mira que vengo yo aquí.

Marc. Errados venis. *Lis.* ¿Yo?

Marc. Sí:

que no vive aquí Teodora.

Cerca de San Sebastian

vive esa dueña de honor,

con su poco de color

y sus tocas de azafrán.

Es muger de escapulario,

con mas botes de virtudes,

aguas, yerbas y saludes

que hay en cas de un boticario.

Es, diferenciando el centro

de aquella exterior esfera,

ermitaña por defuera,

y demonio por de dentro.

Nunca sin imagen viene,

mas es de la Concepcion,

en donde hace oracion

cierto devoto que tiene.

Su santidad ha llegado...

que bien se puede decir...

á que ya se vá á vivir

á Atocha, al Soto y al Prado.

Una niña, á quien enseña

todas estas devociones,

con ciertas opilaciones

anda en visperas de dueña:

tan blanda, aunque toma acero,

que no hay cera que la iguale:

habla, mira, escribe y sale

á ver cierto caballero.

Esta hallarán donde digo:

porque aquí solo hallarán

muger que quiere galan

qué quiera menos su amigo.

(Quitese.)



Ris. ¿Entróse? *Lis.* No, sino el alba cuando andaba entre las coles.

Ris. Alba para mi y aun soles.
Lis. La intencion, Riselo, os salva.

No temais. Pues que no habeis hecho ofensa á esta señora, llamad, decid que á Teodora en vuestra vida vereis: que ya no quiero á Belisa, ni en mi vida la veré.

Ris. Esperad: que aunque se fué tan furiosa y tan aprisa, sin que perdais vuestro bien, he de procurar el mio....

¡Ah de casa! *Lis.* Es desvarío.

Ris. ¿No responden?

Lis. No habrá quien.

Sale Beltran.

Ris. ¡Ah de casa!

Belt. En busca vuestra ando mas ha de dos horas.

Lis. ¿Dirás, Beltran, que esta ignoras?

Belt. Este papel traygo. *Lis.* Muestra.

Belt. No es para ti: que Leonor me le dió para Riselo.

Ris. ¿De Teodora? ¡buen consuelo...! Abre, Marcela. *Belt.* ¡Ah señor!

Ris. Que no hay señor: quita allá.

Lis. Lee, Riselo, por Dios.

Ris. ¡Bien me aconsejais los dos!

Si acaso acechando está

por la ventana Marcela,

y el papel me ve leer....

Lis. Para picarla ha de ser

la mejor treta y cautela.

Lee; no seas tan tierno.

Ris. ¡Qué no haré por ti, Lisardo!

Lis. Ver abrir el cielo aguardo.

Belt. Yo ver abrir el infierno.

(*Lea Riselo.*)

»Octavio pide á Belisa

»por muger," *Lis.* ¡Muerto soy ya!

(*Lea.*)

»y Prudencio se la dá."

Lis. ¡Tanto mal y tan aprisa!

(*Lea.*)

»Yo, mi bien, te quiero bien,

»y lo procuro estorbar;

»que con él se ha de casar

»y yo contigo." ¿Con quién?

Belt. Contigo dice. *Ris.* ¿Conmigo!

Lis. Ah, Riselo, echa de ver

que hallarás otra muger,

y no hallarás otro amigo,

Ris. Lo mismo te digo yo.

Lis. Yo quiero á Belisa mas: tu en la posesion estás de tu deseo, y yo no.

Ris. Espera: hablaré con élla,

y diréle la verdad:

por dicha por tu amistad

sufrirá burlarme de élla...

¡Ah Marcela! ¡ah, mi señora!

oye una palabra. ¡Ah cielo!

Sale Marcela.

Marc. ¿Ya no te he dicho, Riselo, que no vive aquí Teodora?

Ris. Oye, mi bien, y sabrás la verdad. *Marc.* ¡Verdad en ti!

Ris. Lisardo, mi amor le di.

Marc. ¿Qué buen testigo me das!

Lis. Marcela, Teodora fué de aquel mi amoroso encanto

el gigante; y entre tanto que le defendio, no entré.

Pedí á Riselo venciese con amor su hipocresia:

esto con élla fingia para que lugar me diese.

Sucedio con gran ventura: si la engaña, ¿qué te ofende?

Marc. ¿No se entretiene y pretende?

Lis. Sí; ¿pero á cual hermosura?

Marc. Quita allá: que cualquier cosa, aunque fea y despreciada,

si es mucho tiempo tratada viene á parecer hermosa.

Yo no entiendo esas quimeras: mil cosas hay, si te burlas,

que se comienzan de burlas, y que se acaban de veras.

Id en buen hora los dos: de mí no os podeis quejar:

que yo no voy á buscar á Riselo. *Ris.* ¡Bien por Dios!

Marc. Cuando yo á buscarlo fuera, era bien satisfacerme;

mas si él piensa hablarme y verme ha de ser de esta manera.

Ha de llevarme mañana á donde el acero toma

esa frayla de Mahoma, esa galga con cuartana,

envuelta en manta de gerga, y le ha de decir allí

que muere, que pena aquí,

come, viste, vive, alberga,
y que ha sido todo engaño
cuanto le ha dicho hasta ahora.

Lis. ¡Medraré por Dios, señora,
con ese buen desengaño!
¡bien se hará mi casamiento
con Belisa de ese modo,
cuando mi edificio todo
no tiene otro fundamento!
¡Tú no ves que es gran crueldad
echarme á perder así?

Marc. Piérdame Riselo á mí
que mas le vá en tu amistad:
á mí, pues él me desecha,
no faltará quien me estime.

Ris. Eso hace que me anime
á proseguir mi sospecha.
¡Ah Marcela, bien se vé
que aqueste achaque has buscado:
pues habiendo asegurado
con tanta verdad mi fé,
y sabiendo que es ficcion
todo el amor á Teodora,
y que mi alma te adora,
sales con esa invencion!
¡Oh! ¡cómo te ha estado bien
para que entre y salga aquí
Florencio! ¿y tratarme á mí
con este injusto desden?
De que haga yo la amistad
que en esto á Lisardo hago,
tú has dado, Marcela, el pago
que merece mi verdad.

Entre Florencio en buen hora.
Vamos, Lisardo: que ya
querer de veras será
lo que fué burla en Teodora.
¡Vive Dios que no has de verme
en tu vida mas! *Marc.* ¡Y yo
moriréme de eso? *Ris.* No.

Mar. ¡Pues qué mal piensas hacerme?
Ris. El tiempo te lo dirá.

Ven, Lisardo. *Lis.* Espera un poco.
Ris. No hay esperar. *Mar.* Vete, loco.

Ris. ¡Loco! muy cuerdo soy ya.
Teodora tiene secretos
que me despiquen de tí.

Marc. ¿Y Florencio para mí
no sabrá algunos conceptos?
Váyase vuesa merced
con su Egipcíaca señora;
y mire que desde ahora
me hagan los dos merced
de no llegar á esta calle,
porque donde entra Florencio

ha de haber honra y silencio,
pues lo merece su talle.

Ris. ¡Esto sufro, fuera, digo...!
(*Saque la daga.*)

Mataréla. *Marc.* ¡Ay Dios!

Lis. Detente.

Belt. Entróse y cerró.

Ris. ¡Que intente.

tal desvergüenza conmigo!

Las puertas le romperé.

Lis. Por Dios que mires su honor.

Belt. ¿Qué es lo que intentas, señor?

Ris. Estoy sin seso: no sé.

De la una parte el amigo

mayor que tuve en mi vida

á seguirlo me convida,

y finalmente lo sigo:

por otra aquesta muger,

que adora mi alma tres años.

En extremos tan extraños

¿qué medio podré tener?

Lis. El medio es dejarme á mí,
pues á mí no me perdeis:

que mas vuestro me tendreis

con lo que ha pasado aquí.

Ris. ¡Eso no! por mil mugeres,

aunque rebiente, aunque muera...

¡Pero que esta injusta quiera,

viendo que á Belisa quieres,

y que fingo con su tia,

escaparse por aquí...!

Abre, fiera. *Lis.* ¿Estás en tí?

(*Marcela en alto.*)

Marc. Oye, amigo.

Ris. ¡Ah prenda mia!

Marc. A esa su dama encubierta,

á esa su frayla Teodora

voy á escribir que me adora,

y que me quiebra la puerta.

(*Váyase.*)

Ris. Acabóse: yo soy muerto:

élla está determinada.

Lis. Dejadla, que está enojada;

y de una cosa os advierto:

que con no la ver dos dias

os ha de buscar, Riselo.

Ris. Por verme tierno rezelo

burla de las ansias mias.

(*Tórnese á asomar.*)

Mar. Oye, señor: á los dos

advierto que son engaños,

porque si se está dos años

no lo buscaré por Dios.

(*Váyase.*)

Lis. Oye. *Ris.* Escucha.

Belt. Grandes necios

los dos con Marcela estáis:
que en fin ocasion le dais
para mayores desprecios.

Habla y escribe á Teodora:
aunque blasone, verás
si llora y lo siente mas
que lo rie, y burla ahora.

(*Asómese Marcela.*)

Marc. Oye, señor picaron:
no haya miedo que así sea
aunque un siglo no me vea:
que tengo honor y razon.

(*Quitese.*)

Belt. A caballero nos tira:

arma detras, y dispara.

Ris. La ventana la repara:
su desenfado me admira.

Pues de aquesta vez me voy.

Lis. Bien harás: que es mucho enfado.

Ris. Hoy á Marcela he dejado:
mira si tu amigo soy.

Vánse; y salgan Octavio, y Sabi-
cio vistiéndolo.

Oct. Dame la capa y la espada.

Sal. Ponte la trenza del cuello...

¿Quieres espejo? *Oct.* Me enfada
en no siendo el ángel bello
de mi esposa y prenda amada.

Sal. ¿Qué capa? *Oct.* La de color.

Sal. ¿Dónde vas tan de mañana?

mira que el alba, señor,
aun no llama á la ventana
con el primer resplandor.

Oct. Habla bajo, que he sentido

que Belisa se levanta,
y su dulce voz oído:

no por diligencia tanta
pierda el favor pretendido.

Aunque entre rojo arrebol
el alba apenas se ria

en nuestro cielo español,
no digas que no es de dia
despues que ha salido el sol.

Sal. ¿Luego quiéresla seguir?

Oct. Tengo unos pocos de zelos,
y tras el sol quiero ir.

Sal. Zelos tienes en los cielos
de ver el alba reir.

Oct. Si los tuvo Endimiön
de la luna, al fin muger,
¿por qué con mas aficion

no los puedo yo tener
del sol en esta ocasion?

Todas aquestas mañanas
que tan de mañana asoma
el sol por estas ventanas,
es el acero que toma
armas contra mi tiranas.

Armado de acero sale
contra mí el sol de los cielos;
y aunque en armas no lo iguale,
contra el poder de mis zelos
ninguna fuerza le vale.

Yo voy á ver dónde va:
que despues que en nombre está
de mi esposa, este cuidado
justo ó injusto me ha dado.

Sal. Con justa causa te dá.

Al principio te advertí:
bien puede ser que este acero
no se vista contra tí.

Oct. Saberlo, Salúcio, quiero...

¿Salieron? *Sal.* Pienso que sí.

Oct. Pues déjalas trasponer,
y en su seguimiento vamos.

Sal. Sospecho que te han de ver.

Oct. No harán: hay yerbas y ramos,
y yo me sabré esconder.

Sal. Aun no llevan escudero.

Oct. Sigueme: que saber quiero
si tiene algun desafio
quien sale con tanto brio
al campo llena de acero.

Vánse; y salgan Lisardo, Riselo y
Beltrán con capas de color.

Lis. ¿Frescos vientos de Madrid,
que las mañanas y tardes
venís de las altas sierras
á refrescarle y bañarle!
traed de sus pardas nubes
algunos toldos que tapen
estos tapetes de flores
que al alba las hojas abren.

Venid bañados de aljófar,
ó de estas fuentes tomadle:
con que, mojado las plumas,
bañéis en perlas el aire:
que si crece el sol que sale,
volveráse la niña: dirá que es tarde.

Ris. ¿Vientos, que habeis levantado
con extrañas tempestades
en el mar de mis amores,
que me anegan sus amares!
¿vientos, que con la fortuna